

Pedro Henríquez Ureña

Familia y familiaridad

Christopher Domínguez Michael

Con motivo de sus 80 años de existencia, el Fondo de Cultura Económica ha puesto en marcha la reedición de libros clásicos de su catálogo. Entre ellos se encuentra Las corrientes literarias en la América Hispánica, del notable crítico dominicano Pedro Henríquez Ureña, y cuyo prólogo —que aquí reproducimos— ha sido encargado a Christopher Domínguez Michael.

A los libros de Pedro Henríquez Ureña (1884-1946) los frecuentaba yo continuamente, como se frecuenta a un pariente cercano, sin mayores ceremonias y hasta con excesiva familiaridad, colocado en mi biblioteca junto a Alfonso Reyes, su hermano menor y no lejos de los otros ateneístas célebres, José Vasconcelos, Martín Luis Guzmán y Julio Torri. Me desconcierta, además, que Henríquez Ureña sea dominicano, pues los mexicanos lo damos por mexicano y los argentinos por argentino, porque de extremo a extremo del continente llevó su magisterio este hombre a quien sorprendió la muerte en un tren cuando se dirigía de Buenos Aires a La Plata a ofrecer su modesta y heroica clase semanal en una escuela secundaria.

Borges retrató ese *memento mori* y sus augurios en el prólogo a la *Obra crítica* (1960), publicada póstumamente por el Fondo de Cultura Económica, en la Biblioteca Americana, fundada, además, en su honor: “De Pedro Henríquez Ureña”, dijo Borges, “sé que no era varón de muchas palabras. Su método, como el de todos los maestros genuinos, era indirecto. Bastaba su presencia para la discriminación y el rigor. A mi manera acuden unos ejemplos de lo que se podía llamar su ‘memoria abreviada’. Alguien —acaso yo— incurrió en la

ligereza de preguntarle si no le desagradaban las fábulas y él respondió con sencillez: *No soy enemigo de los géneros*. Un poeta de cuyo nombre no quiero acordarme declaró polémicamente que cierta versión literal de las poesías de Verlaine era superior al texto francés, por carecer de metro y de rima. Pedro se limitó a copiar esa desaforada opinión y a agregar las siguientes palabras: *En verdad... Imposible corregir con mayor cortesía. El dilatado andar por tierras extrañas, el hábito del destierro, habían afinado en él esa virtud*”.

A Henríquez Ureña, patricio de la República Dominicana —un pequeño país ocupante apenas de la mitad de una isla que es el corazón de la América española— le ha perjudicado esa reputación de monumento nacional y de patrimonio universal de todos los americanos (incluidos los estadounidenses, pues el dominicano pasó años decisivos en Nueva York, dio clases en Minnesota). Como remedio a la solemnidad que oscurece su paso de prohombre, sugiero, antes de leerlo de la A a la Z, picar la correspondencia que cruzó con Reyes entre 1907 y 1914, la que editó José Luis Martínez en 1986. En ella se encontrará la miga de una de las grandes amistades literarias nuestras, llena de proselitismo práctico, de menudencias estilísticas y lecturas

compartidas, mucha guerrilla literaria y algo, nunca demasiado, de intimidad. No sólo porque fue el maestro de Reyes, el griego de nuestro romano, le debemos gratitud a Henríquez Ureña.

Pero Henríquez Ureña —al fin entro en materia— no sólo fue eso. No se podría escribir una historia de la crítica literaria en nuestra lengua sin percatarse de cómo Henríquez Ureña le garantizó al modernismo de Darío y de Rodó un desenlace intelectual distinto al del decadentismo francés. Gracias al ensayo de Arcadio Díaz Quiñones que aparece en la inagotable *Historia de los intelectuales en América Latina* (Katz, 2010) que Carlos Altamirano editó en Buenos Aires, entiendo la temprana anglofilia de Henríquez Ureña, su predilección victoriana por Matthew Arnold y, sobre todo, por Walter Pater, lo que le permitió diseñar sobre un mapa que desde Santo Domingo irradiaba una nueva mediterraneidad. Hizo así de América la utopía en acto, una tierra de islas y archipiélagos a imagen y semejanza de Grecia y su expansión helenística. A Reyes no le fue tan fácil imaginar su latinidad utópica sobre una Nueva España negada por los mexicanos, mientras que para Henríquez Ureña bastaba con partir de la catedral de Santo Domingo para hilar, por los dos lados, una edad de oro completa.

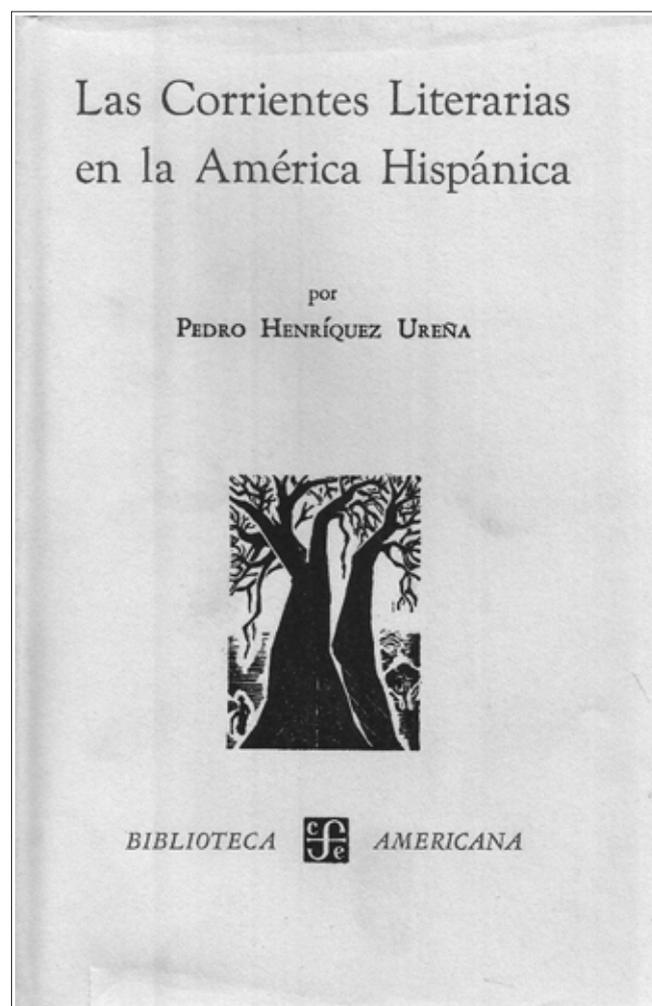
En los estetas ingleses, nunca desprovistos de hipersensibilidad ante lo que entonces se llamaba “la cuestión social”, encontró Henríquez Ureña la manera de ser un crítico al cual no le bastaba con serlo y para ser, dilapidándose (como lo dijo Reyes), un maestro. Maestro lo fue no sólo de Reyes y de Borges y de Ezequiel Martínez Estrada, sino de los muchachos que lo esperaban a dar esa clase que ya nunca dió el 11 de mayo de 1946. Uno de los jóvenes alumnos que se quedó esperándolo fue el crítico y poeta uruguayo Saúl Yurkiévich, tan querido en París y en la Ciudad de México: quienes de alguna manera, aunque fuese vicaria, estuvimos expuestos al magisterio de Saúl, al recibirlo recibimos también, remoto pero preciso, algo del de Henríquez Ureña. O eso quisiera pensar: en la Cadena del Ser que une a los maestros con los discípulos.

Pero el maestro, insisto, no debe ocultar al crítico nutrido de la “nordomanía” de su generación, dividido entre las fidelidades convergentes y enemigas por Ibsen y por Tolstói, a quien supo ver en Darío a un doble que supera y devora a su modelo, Gabriele d’Annunzio, y a quien, en *Seis ensayos en búsqueda de nuestra expresión* (1928) literalmente desbrozó, des-tropicalizándolo, el camino de nuestra historia literaria. La literatura hispanoamericana, su urbanidad, sólo pudo recorrerse, como en realidad era —fría, tórrida, montañosa, desértica, templada y sólo a veces selvática— gracias al mapa establecido por Henríquez Ureña.

Se le reprocha el encarnar un humanismo viejo, cauducado, como si este no siguiera siendo la materia prima

de la experiencia liberal. Se le censura, por ejemplo, por haberse negado a ver lo afroamericano en sus raíces (las propias y las de toda Hispanoamérica). En efecto, lo indio y lo negro contaban muy poco para esa generación. No, no está al día en multiculturalismo Henríquez Ureña pues su tesis central era la hispanoamericanidad, es decir, lo hispánico pertenecía por igual a quienes hablaban y escribían español en ambas orillas del Atlántico. Lo español sin lo americano, “lo castizo”, le repugnaba, le parecía un adefesio, un macho sin hembra, un mundo sin feminidad. Pues para el erudito dominicano —él no lo decía con esa cursilería— América tenía nombre de mujer.

Con menor fortuna, entre la obra crítica de Henríquez Ureña han corrido *Las corrientes literarias en la América hispánica*, que reúnen las conferencias de la cátedra Charles Eliot Norton, en 1940-1941, en la Universidad de Harvard, que el dominicano no alcanzó a vertir al español, porque, ya se dijo, falleció poco después. La traducción del inglés (lengua que tuvo en Henríquez Ureña a uno de los primeros escritores hispanoamericanos en dominarla) tocó, en México, a Joaquín Díez-Canedo (1917-1999) a fines de los años cuarenta y en ella contó con una asesoría de lujo, de la propia viuda, doña Isabel Lombardo Toledano de Henríquez Ureña, del joven Martínez (apenas un año menor que Díez-Ca-





Pedro Henríquez Ureña, 1904

nedo, *the elder*) y de Raimundo Lida. También lo auxilió Emma Susana Speratti Piñero (1919-1990), la discípula del propio Henríquez Ureña, de los Lida y cuyos doce años mexicanos, a caballo entre las décadas quinta y sexta de la centuria anterior, esperan crónica puntual, ya barruntada cuando la profesora argentina falleció, por Antonio Alatorre.

Las corrientes literarias en la América hispánica aparentan ser lo que no son, una lista de autores, en extremo completa, que junto a las notas finales (a las cuales me referiré después pues las considero el secreto del libro) y la nutrida bibliografía, indican prácticamente todo lo que se sabía o podía saberse de nuestras letras —que incluyen al Brasil— hacia 1950. Como obra de consulta, señalado ese fatal límite en el tiempo, sigue siendo, la de Henríquez Ureña, obra de consulta imprescindible. Decía don Pedro que no estaban todos sino los más importantes; visto el libro desde el siglo XXI más bien no falta nadie y sobran, como es menester en las obras de este carácter, algunos. Pero es más y para respaldar mi dicho recurro al filólogo y germanista colombiano Rafael Gutiérrez-Girardot (1928-2005), uno de los defensores desafiantes de don Pedro y de *Las corrientes literarias en la América hispánica*, en particular.

Encarnó Gutiérrez-Girardot, exégeta de Borges, de Reyes, del modernismo, al pomposo profesor germáni-

co, bien dispuesto a reprobar a media humanidad. Yo una vez lo vi pasar cerca de mí y me arrepentí de inmediato de la temeraria pretensión de presentarme. Ateморizado, di, no uno, sino tres pasos atrás. Ahora que él y todos los aquí citados se encuentran entre “nuestros amigos los muertos”, como decía un biógrafo de biógrafos, me alegra vindicar la buena ley que Gutiérrez-Girardot le tenía a Henríquez Ureña. El colombiano da comienzo a su prólogo de *La utopía de América* (Biblioteca Ayacucho, Caracas, 1986), de Henríquez Ureña, recordando cómo este decía que “en las regiones de nuestra ‘alta cultura’ sólo entusiasmo cuando pagamos por él altos derechos de importación”, que en aquellos años veinte de cuyas modas y modismos se quejaba el dominicano, eran Spengler y Simmel, como después lo fue esa estilística odiada por Gutiérrez-Girardot y en la segunda mitad del siglo, la fenomenología, el marxismo y el psicoanálisis, los estructuralismos. Nadie, Henríquez Ureña menos que ninguno, repudiaba la universalidad de nuestros conocimientos literarios. No, le fastidiaba la presteza con que abandonábamos la tradición, edificada no sin tardanza y haciendo de la necesidad virtud, por novedades no siempre perdurables. Gutiérrez-Girardot notaba, en 1986, la ausencia en Henríquez Ureña y sus *Corrientes literarias*, de toda “inflación terminológica”, obra “exenta de todo aparato publicitario y de toda intención especulativa” y escrita según el ideal del crítico atribuido a Voltaire, “una persona con mucha ciencia y gusto, sin prejuicios y sin envidia” pero rebosante de la “aspiración supranacional” propia de todo verdadero trabajo científico.

Concebía Henríquez Ureña nuestra literatura iberoamericana (llamémosla así para no excluir, como él insistía, al portugués) como equivalente a la peninsular y fue uno de los primeros (y por desgracia, no del todo imitado) en despojarse de la superstición adánica. Le parecía necedad discutir si Juan Ruiz de Alarcón fue novohispano o veterohispano: fue las dos cosas, como Henry James pertenece a Estados Unidos y a Inglaterra. “En mi fin está mi comienzo”, escribió famosamente Eliot, otro que, a pesar de todos sus empeños, en su perfecta imitación de lo inglés, delataba, como se decía entonces, al yanqui.

Tampoco tiene mucho sentido discutir cuándo empezó la nuestra a ser literatura americana, sugiere Henríquez Ureña. Lo fue tan pronto la lengua de Cristóbal Colón se posó, a veces exagerando las cosas de nuestro paraíso para satisfacción de sus promotores ultramarinos, en las maravillas americanas. De inmediato, en la pluma torpe aunque penetrante de Colón entraron las primeras palabras del Mar Caribe. La exclusión de las tradiciones orales y pictográficas indígenas u originarias tenía para el mulato Henríquez Ureña un carácter meramente metodológico en sus *Corrientes literarias* pues

aquellas, las aztecas, mayas o incas, no eran literaturas en el sentido que Occidente le da al término y el dominicano, preocupado como pocos por la forja de lo hispanoamericano, compartía el prurito, a veces ignorado inclusive por críticos de renombre, de no ir demasiado lejos cuando se trata de lenguas que no hablamos. Entusiasmados por aquello que llamará memorablemente Edmundo O’Gorman en 1958 “la invención de América”, Moro y Campanella elucubran sus utopías en lugares imaginarios que no pueden ser sino americanos y los misioneros predicadores le devolvieron, nada menos que al cristianismo, su vocación original.

América es Europa y Europa es América desde el principio: es la lengua española la que no ve el sol. Henríquez Ureña, en mi opinión, debió ejercer un poco más el comparatismo e imaginarse, por ejemplo, que la expansión, primero, del latín y luego del cristianismo hacia la Galia y la Germania, tierras bárbaras, no debió de ser muy distinta. La diferencia, lo he dicho varias veces, es temporal y juega a favor de la historiografía americana: gracias a la admiración (llena de violencia, la misma que cuando Julio César cruza el Rubicón) de los Cortés, de los Bernal Díaz y de los Sahagún por las grandes civilizaciones que conquistaban, está gloriosamente documentada. De los bárbaros latinizados y cristianizados sabemos mucho menos que de los vencidos del Nuevo Mundo cuya visión trató de fijar un León-Portilla.

Henríquez Ureña habló de “corrientes” pues creía en ondas expansivas de la civilización y no en fundaciones etéreas y utilizó ese título, espejuelo, pensando en *Las grandes corrientes de la literatura del siglo XIX* (1901-1906), de Georg Brandes, a quien Henríquez Ureña llama “el insigne” a propósito de Platón y que, como él, venía de una insula (quien haya estado en Dinamarca la sabe casi isla) como lo es la República Dominicana: pequeñas naciones cuya circunferencia está en todas partes, habitadas por aventureros sedientos de las lenguas extrañas y de llegar hasta las antípodas.

Aquí, Gutiérrez-Girardot, vuelvo al sabio gruñón, pasa a la denuncia política y lo hace en nombre de don Pedro: los nacionalismos latinoamericanos, cebados lucrativamente por las universidades y por miopías históricas dizque científicas, son los principales adversarios de la universalidad americana de nuestra conciencia histórica en la cual, escribiendo al calor de la victoria de Estados Unidos contra el nazismo, Henríquez Ureña incluía a Whitman. Del lado de acá, junto a los Bolívar y los Martí, los Bello y los Varona, los Picón-Salas y los Romero, los García Monge y los Reyes, acaudillados por el dominicano.

Podrá parecer demagogia barata, bolivarismo o vasconcelismo antañón la enésima repetición de tifo pueblerino, pero me parece que la era de Internet, ese empequeñecimiento del planeta, con sus grandezas y miserias,

vuelve a volver secundario (no banal) aquel cuento romántico de las literaturas nacionales. ¿Qué hace distinto hoy día a un joven escritor de Bogotá, de Los Ángeles, de Zacatecas, de Chicago, de Asunción del Paraguay, de Caracas, sentados ante la pantalla común, unidos al mundo por muy pocas lenguas francas, una de las cuales es el español, cuya difusión americana ha impedido que actualmente España, dicho sea con todo respeto, resulte otra Polonia, es decir, una mediana nación europea con alguna colonia perdida en ultramar? Muy pocas cosas los hace distintos. Quizá la continuación de las *Corrientes literarias* de Henríquez Ureña esté por escribirse. Hay y con esto (casi) dejo en paz a Gutiérrez-Girardot: las dos grandes visiones de la literatura hispanoamericana, para la primera mitad del siglo XX, son las de Marcelino Menéndez Pelayo, imperial y católica, que termina antes del modernismo con su *Antología comentada* (y luego *Historia*) publicada en 1893 frente a las *Corrientes literarias*, de Henríquez Ureña, continentales y humanistas.

A diferencia de Albert Thibaudet (1874-1936), el historiador de la literatura francesa fallecido un tanto precozmente, como él, Henríquez Ureña no se fió ni de la vieja y noble historia a lo De Sanctis, ni de las generaciones orteguianas para hacer su historia literaria sino de las corrientes distintas pero no del todo lejanas de las familias espirituales con las que prefería trabajar el padre Sainte-Beuve. Las corrientes, agrega Gutiérrez-Girardot, tienen la ventaja de ser “de larga duración”, como lo señalará poco después Braudel. Pero que las *Corrientes literarias*, regreso al punto de partida, parezcan una lista, no quiere decir que lo sean. Su libro está lleno de ideas, a veces ofrecidas al lector con cierta modestia, como de contrabando, pero siempre fecundas. No dice Henríquez Ureña que la literatura virreinal sea una extensión de la española, sino como el Octavio Paz de *Sor Juana Inés de la Cruz o Las trampas de la fe* (1981) habla de una literatura transplantada pero de una sociedad nueva. Encuentra el dominicano un *ethos* novedoso, un hombre distinto, el atisbado por la heterogeneidad de la América hispánica. Hipótesis discutible pero enunciada en 1940-1941, veinte años antes del delirio guevarista, autorizado por otro de nuestros clásicos, Martínez Estrada, maestro y discípulo, a la vez, del Che.

Estamos, además, ante unas *Corrientes literarias* que no descuidan, como indicaciones a lo largo del camino para que el viajero se lustre sin fastidiarse, ni la arquitectura de nuestras ciudades coloniales ni las melodías de la música en el Nuevo Mundo desde el solfeo de los jesuitas en su República hasta Carlos Chávez ni la pintura con sus muralistas mexicanos (Rivera, no Orozco), ni ese rehacerse de Europa en América que registró José Moreno Villa, el único “trasterrado” de 1939 que retribuyó la hospitalidad mexicana con curiosidad intelectual.

tual por su nuevo país, que el dominicano cita y con quien habría platicado a sus anchas, si es que no lo hicieron. La exposición de los méritos del Inca Garcilaso o de sor Juana Inés hoy son moneda corriente; muchas aduanas tenía que cruzar esa admiración con que Henríquez Ureña disertaba en Harvard. No se olvide.

Quizá la parte menos buena de estas *Corrientes literarias* sea la dedicada a la Independencia, periodo que, también, es acaso el que mejor conozco pero también aquel en el que historiadores y críticos han trastornado más en los últimos sesenta años. Tras rendir homenaje a Francisco de Miranda —no soy el primero en fantasear en que otro gallo nos habría cantado de haberlo escogido a él y no a Bolívar como padre fundador—, don Pedro asume la continuidad entre la Ilustración y las independencias americanas, ajeno a la idea hoy preponderante de que aquellas fueran, sobre todo en México y Lima, más contrarrevoluciones que revoluciones. No saca el dominicano la conclusión debida de que Hidalgo fue cura versado en Molière y Racine, no en Beaumarchais o Chénier. Nuestras naciones, repúblicas bobas, lo fueron por orfandad, nacidas contra el mundo moderno, más originales en pensamiento propio de lo que se suponía en los tiempos de Henríquez Ureña pero azotadas por el complejo de inferioridad: son el fin del imperio español y durante décadas y décadas del frustrante siglo XIX —“romanticismo y anarquía”, según don Pedro— no parecen comenzar nada nuevo hasta que aparece en la Argentina Domingo Faustino Sarmiento, el gran prosista hispanoamericano de aquella centuria. Antes de ello, ante nuestros neoclásicos, árcades y pastorcillos, Henríquez Ureña no se aguanta y pregunta, desesperado, si no habrá algún día “un crítico de la escuela de T. S. Eliot que nos haga volver a gustar de nuestros escritores neoclásicos del siglo XVIII y de comienzos del XIX”, salvando apenas a Andrés Bello.

La paz de la Bella Época la llama el isleño un periodo de organización que se prolonga hasta 1890 y el modernismo, en sus dos oleadas, ya coloca a Henríquez Ureña como protagonista de las *Corrientes literarias*, el joven admirado y fastidiado ante los maestros: Rui Barbosa en el Brasil, Justo Sierra en México, Manuel González Prada en el Perú, Enrique José Varona en Cuba y Eugenio María de Ostos en Puerto Rico. A él y a Reyes les tocará convivir con los modernistas que eran y no eran sus contemporáneos, a quienes engloba, provocador por impreciso bajo el marte del abate Bremond, de la “literatura pura”, lo cual vuelve frágil, desconfiado, huidizo, ese último trecho de las *Corrientes*, periodo que no en balde cubrió mejor su hermano menor Max Henríquez Ureña (1886-1968), autor de una *Historia del modernismo*. Don Pedro admira, sobre todo, a José Martí pero sobre Rubén Darío dice la frase decisiva, cuyo modelo será aplicado después a Borges: “De cual-

quier poema escrito en español puede decirse con precisión si fue escrito antes o después de él”. “Los problemas de hoy”, con los que finaliza un libro hechizo, es decir, unas notas en inglés que hubieron de ser traducidas y ensambladas por Joaquín Díez-Canedo, son el primer capítulo de otra historia literaria que acaso ya no le correspondía a Henríquez Ureña escribir, educado por los críticos victorianos que había ido más lejos que su temperamento.

Por ello, ruego al lector se detenga y lea con minucia las notas. Son una delicia en el orden de las de Gibbon a su *Decadencia y caída del imperio romano*, como si allí hablase el don Pedro de la intimidad literaria, el corresponsal de Reyes y no el profesor trashumante, que fue a dar a Harvard y después, medio dejado de la mano de Dios, rumbo a aquella escuelita de La Plata adonde llegó muerto. En las notas está el espíritu universal, el erudito funcional; toda apostilla tiene sentido, cada una de ellas enriquece no sólo la bibliografía sino el texto y hasta la vida. Desde “la única novela escrita en el Brasil colonial, *Las aventuras de Diophanes*, a la manera del *Télémaque* de Fénelon” hasta la mención de un artículo de Octavio Paz aparecido en *Sur* y que invita a la lectura del primer José Revueltas, pasando por los imitadores americanos de Chateaubriand, nada tiene desperdicio. No se olvida de enlistar a nuestras escritoras, no sólo las hermanas Ocampo, sino María Luisa Bombal, prerrulfiana y posrulfiana. Incluso don Pedro averiguó qué había pasado con los pinos junto a las cataratas del Niágara, temiendo que Heredia el bueno, el cubano y mexicano, se los hubiese inventado, licencia poética del vate. Nada de ello, allí estuvieron: andando el tiempo, los embellecedores del parque, ya sitio turístico, podaron el sitio, dejando al hombre, solo, ante la prodigiosa caída de agua.

Espero que este prólogo a *Las corrientes literarias de la América hispánica* concentre a los pocos decididos a seguir el camino de Henríquez Ureña y que, después de esta lectura, se den gusto con sus frondosos y a la vez sistemáticos *Estudios métricos*—un solo tomo en la obra completa— que son la médula de su sistema. Descartando con minucia aquella división que hacía de la versificación regular el dominio de lo culto y de la versificación irregular (o fluctuante) la selva de lo popular, Henríquez Ureña, tras recorrer todo lo que lleva a los Siglos de Oro y de allí fluir hacia el modernismo, encontró y clasificó una comunidad regida por una lengua común a la cual respondería lo mismo Rubén Darío que el más humilde de los cantantes populares. Pero esa es otra historia: contando sílabas, ahito de ritmo, Pedro Henríquez Ureña ofreció una solución métrica al divorcio entre la alta y la baja cultura y ello es evidente en *Las corrientes literarias de la América hispánica*. Porque Pedro es piedra, ya se sabe. **U**